



Reiniciando el tiempo ordinario

Hemos celebrado los grandes misterios de la fe: la muerte, sepultura y la resurrección de Jesús que tiene como precioso fruto el don del Espíritu Santo. Lo exhaló el Señor desde la cruz a fin de regar la tierra en sequía, sanar los corazones enfermos y guiar a quien tuerce el sendero y siempre, como fuente del mayor consuelo cfr seq. Pentecostés.

A esta solemnidad siguieron otras dos fiestas que entraron en el calendario litúrgico como fruto de la devoción del pueblo: la **Trinidad Santa** y el **Corpus Christi**.

En este domingo undécimo del tiempo “**per annum**”, la lectura primera se hace evangelio sabroso que, rumiado con fe, llena el corazón de una profunda gratitud y deliciosa alegría.

Se nos ha sacado de las tinieblas del pecado a fin de hacer de nosotros un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa con la finalidad de que fuésemos **propiedad personal** del Dios vivo cfr. Pf. I dominical del tiempo ordinario.

En hebreo hay una palabra muy sugerente que expresa esta realidad: segullah (סְגֻלָּה). Este término hace referencia a la «propiedad» que se adquiere, se posee y se cuida personalmente por el profundo amor que se le tiene.

En Jesús y gracias a su obra redentora, hemos pasado a ser el Israel de Dios. Esto significa:

Dedicación a quien es nuestro Señor. Somos su precioso tesoro.

Consagración. Hemos pasado a ser “*reino de sacerdotes*” y “*nación santa*” en medio de todos los pueblos.

Toda la comunidad, que brota del costado



traspasado de Jesús, tiene la misión de llevar el evangelio a todas las naciones de la tierra, y presentar al Dios vivo las aspiraciones y los temores, las expectativas y las pruebas de todos los pueblos.

Para ello el Señor escoge y envía como se nos narra en el evangelio de hoy (Mt 9,36-10,8). Por parte nuestra se pide la respuesta de la escucha: ‘*Escucha, Israel*’.

Se cuenta que el rabino Akiva ben Iosef, que vivió a finales del siglo I y principios del segundo, fue arrestado y sentenciado a morir torturado. Los soldados romanos lo llevaron a un anfiteatro en la ciudad de Cesárea. Allí le desgarraron la piel con cepillos de hierro y él, mientras tanto, recitaba el *Shemá* (שְׁמָע) con profunda alegría. Impresionados los que contemplaban el duro tormento, le preguntaron cómo podía rezar en ese momento. Contestó diciendo:

“*Toda mi vida repetí en el corazón el versículo del Shemá que dice que debo amar a Dios con toda mi alma*”.

En ese momento en el que se enfrentaba a una muerte cruel, sigue diciendo el Talmud de Jerusalén, comprendió lo que significaba dedicar a Dios toda la vida.

Somos frágiles; es la experiencia primera de nuestro ser persona y sabemos que “*sin mi no podéis hacer nada*” cfr Jn 15, 5. La colecta de este día nos da pautas importante para realizar en nuestra vida la vocación que se nos regala.

1º Dios es “**fuerza de los que esperan en ti**”.

La antifona de entrada de la celebración de este domingo nos dice: “*Tú eres mi auxilio*” (sl 26, 7-8).

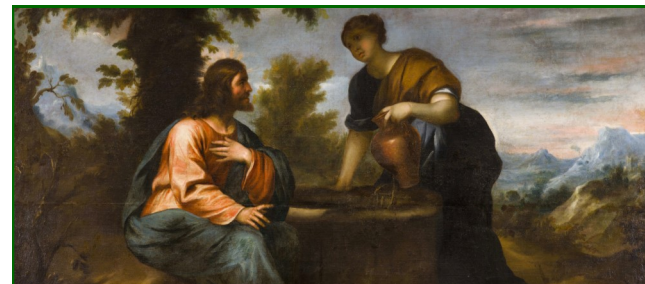
2º Por eso le pedimos: “**escucha con bondad nuestras súplicas**”.

3º Porque “**sin ti nada puede la fragilidad de nuestra naturaleza**”.

4º De ahí “**concedéndonos siempre la ayuda de tu gracia**” porque, así, podremos “**ser fieles a tus mandamientos y agradarte en intenciones y acciones**”.

La palabra gracia procede del griego χάρις y significa belleza, beneficencia unida a gratitud. Ésta, a su vez, deriva del hebreo hen (חֵן) que significa mirada benévola desde lo alto.

Que nos llene de una profunda gratitud el saber que, como dice el prefacio de los mártires: Dios “**has sacado fuerza de lo débil, haciendo de la fragilidad tu propio testimonio**”. Es el misterio de la encarnación tal como se recoge en el III pf. de Navidad.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Salmo 99, 2. 3. 5 (R.: 3c)

**O ¡Aclama al Señor, tierra entera,
servid al Señor con alegría,
entrad en su presencia con vítores,
Sabed que el Señor es Dios:**

**que él nos hizo y somos suyos,
su pueblo y ovejas de su rebaño. R.**

**El Señor es bueno,
su misericordia es eterna,
su fidelidad por todas las edades.**

Canto para la todah (תּוֹדָה) es decir: para la gratitud. Es el título que lleva el responsorial de hoy. Cierra una serie de salmos que se inician con el 91, y que tienen la particularidad de que se inspiran en el segunda sección del libro del profeta Isaías, en los capítulos que van del 40 al 55. Todos ellos se corresponde al llamado Libro de la consolación de Israel, cuyo primer verso dice: “*Consolad, consolad a mi pueblo*”. Una serie de connotaciones les son comunes:

Sublimidad dulce. Alegría clara.

Espiritualidad en la que no cabe la tristeza.

En ellos se saborea ya el gozo del Nuevo Testamento. Tiene aire procesional y se inicia con un llamamiento: “*Aclamad al Señor tierra entera*”. ¡Todos los pueblos están invitados a aclamar al

Dios del cielo junto a Israel, su pueblo escogido. Es un salmo corto que está marcado por cuatro imperativos:

¡Aclamad!. ¡Servid!. ¡Entrad!. ¡Sabed!

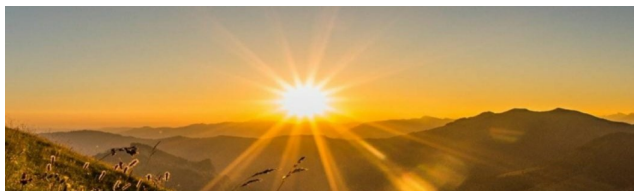
Este cuarto viene a ser el centro del mismo y resulta particularmente significativo: “*Sabed*”, “*Reconoced*” se corresponde al verbo hebreo jada (ג'אדה) que, en su sentido profundo, significa adhesión penetrante y conocimiento tierno.

Tener la experiencia de que “*el Señor es Dios, él nos hizo y nosotros somos suyos*” siempre es gozosa. Viene a ser una paráfrasis de la fórmula de la alianza: “*Vosotros sois mi rebaño, las ovejas que yo apaciento, y yo soy vuestro Dios*” (Ez 34, 31).

Quien se deja evangelizar por el mensaje que conlleva este salmo, revive en su intimidad la vivencia profunda que, entre otros, tuvo Teresa de Jesús y que le llevó a escribir:

***Ya yo no quiero otro amor,
pues a mi Dios me he entregado,
y mi Amado es para mí
y yo soy para mi Amado.***

Solo pueden hablar del amor los que están enamorados. Solo pueden evangelizar, tocando el corazón hasta el punto de que arda, como aconteció con los de Emaús, quienes se sientan poseídos por este amor que siempre recrea y enamora.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

**Domingo XI
del tiempo per annum “A”**



**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**

Jesús, llamando a sus doce discípulos, les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia. A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones: Id y proclamad que el reino de los cielos está cerca.